

cer ver con ellos la iniquidad de sus adversarios á un pontífice y á un ministro cuyo afecto hácia la Compañía era indudable y manifiesto.

En todas estas circunstancias solemnes, los Jesuitas han guardado silencio. ¿Y por qué le romperian hoy dia, cuando ven sentado sobre la Cátedra de San Pedro á un pontífice que, durante su carrera episcopal, les ha dado los mayores testimonios de estimacion y confianza, y que, despues de su exaltacion, no ha cesado á pesar de lo árduo de las circunstancias, de cubrirles con su mas poderosa proteccion?

Entónces, reponen los contrarios que se abstendrán muy bien de responder á estos argumentos, ¿no será un motivo para comprometer á los Jesuitas el publicar sin su aprobacion un libro que tiende á mancillar la Santa Sede en la persona de un gefe de la Iglesia?

Esta objecion tendria su lado especioso, si yo fuese un hombre que estuviese ligado á la Compañía y si me dejase guiar por sus intereses ó seducir por sus deseos. A Dios gracias, las cosas no suceden así. Estimo á los Jesuitas, porque los conozco á fondo; pero ellos deben ser tan extraños y poco influyentes en mis trabajos como yo respecto á los suyos, que no me ocupo ni de léjos en sus negocios. Se me ofrecen ó yo descubro correspondencias autógrafas que tienen su valor respectivo; me apodero de ellas con mi derecho de historiador, y sin inquietarme por si estas revoluciones pueden ó no herir susceptibilidades de unos, ó lisonjear las de otros, las publico bajo mi responsabilidad. La crítica y los lectores tienen la facultad de aprobar ó reprobar el fondo y la forma de mi escrito; pero no está en mi carácter sufrir una censura preventiva y que nada tiene que ver con la obra. Los Jesuitas no me han franqueado ninguna de los documentos que cito, por la sencilla razon de que ninguno de ellos jamas ha podido hallarse en sus archivos. Han hecho los padres todos los esfuerzos posibles para detener el curso de la obra, y todos han sido inútiles, porque he creido que en conciencia no debia tener la luz debajo de la medida, sino sobre el candelero para que alumbrase por do quiera. Todas las almas honradas persiguen y lamentan la corrupcion de los tiempos presentes. Yo la he buscado en los pasados, y la causa de los hijos de San Ignacio está ligada á la divulgacion de vergonzosos manejos. De aquella podrán resultar á la Compañía prósperas ó fatales consecuencias, sobre las cuales dará su fallo la justicia de los hombres. La mision del escritor no es otra que la de decir la verdad. La he dicho; he cumplido con mi deber.

Por triste que sea esta verdad, ¿podrá perjudicar al Sacro Colegio? La *Revue de Louvain*, por su intermediario M. Moeller, me contesta con la interpelacion siguiente: “Si, M. Créineua-

Joly; si, habeis cometido la falta de haber presentado el cónclave de 1769 como que habia sucumbido á las intrigas de Paris, de Madrid, de Lisboa y de Nápoles.”

No, mil veces no, digo yo, M. Moeller; no, porque no he cometido la falta que á vos os place achacarme; y la prueba es que el *Correspondant* y la misma *Revue*, para hacer constar que la mayoría del cónclave no cedia á cobardes terrorismos ni á culpables promesas, se apoyan á cada instante en los mismos documentos que evoco; y yo soy el mismo que, en veinte pasages del libro, hago resaltar y pongo en relieve el mas evidente, la noble actitud del Sacro Colegio. Perentoriamente he sentado que, de cuarenta y seis cardenales, solamente se contaron catorce seducidos, de los cuales diez pertenecian á las coronas. Cuatro italianos solamente fueron débiles ó cómplices; y los demas, es decir, la grande, la inmensa mayoría del Sacro Colegio, tuvieron el valor propio del sacerdocio y de la dignidad de la púrpura.

Esto lo he sentado, probado y demostrado como un axioma, en cada página; pero casualmente estas páginas son las que causan mas disgusto, y no siendo muy fácil discutir las, se las niega. El *Contemporáneo*, la *Revue de Louvain* y el *Correspondant*, tienen una causa injusta y la siguen sin embargo; pero la *Revue nouvelle*, que se presentó en la lid con armas corteses, y que rompió una lanza en favor de su santo, como los antiguos caballeros hacian con sus damas, se inclina hácia esta misma opinion. Esta coleccion periódica, fundada por el príncipe de Broglie, y que se publica bajo los auspicios de M. Guizot, ministro de negocios extrangeros, se guarda muy bien de poner en duda la autoridad de los documentos. Tiene buen origen y demasiada probidad para avenirse con nada que pudiera deshonorarla, y dice, en su número del 15 de Agosto: “Creemos un deber el manifestar nuestro pensamiento sobre un hecho histórico, que aunque pasado, circunstancias recientes le han dado todo el interes de contemporáneo, y de pronunciar nuestro juicio sobre un libro que llama la atencion general, ya por su estilo y abundancia de documentos inéditos que encierra, como por la importancia y el carácter esclusivo de la opinion que representa.”

Como en el *Barbero de Sevilla*, estoy muy tentado á preguntarme: ¿Quién es aquí el engañado? La *Revue nouvelle* está de buena fe, aun en los errores que me atribuye. Pero ¿por qué despues de haber hecho la parte de la justicia, viene á asociarse á una imputacion que tiende á presentarme como calumniador del Sacro Colegio, cuando soy yo quien le rehabilita y le engrandece á expensas de algunos traidores, y de dos ó tres cobardes encerrados en el Vaticano? Sé tambien, como la *Revue nouvelle*, que “el libro de Créineau-Joly no es solamente un libro de historia, sino

un libro de polémica, y de polémica contemporánea." Con ese objeto le he compuesto, y sufro las consecuencias; pero habiendo escrito bajo la inspiracion de un pensamiento honesto, tengo derecho á exigir de los escritores leales, y sobre todo de la *Revue nouvelle*, que juzguen y examinen la obra tal cual la he concebido, y tal cual ha sido escrita.

Puede haber diferencia en el modo de ver y de pensar sobre los Jesuitas y sobre los acontecimientos relativos a su historia; puede uno forjarse un tema sobre graves cuestiones, y encontrar muy cruel verse obligado á salir de él; pero esto no debe alterar el pensamiento primitivo del libro, objeto de la controversia; y sobre todo, nunca podrá hacer que lo blanco sea negro, ó al contrario. Los Gazzola, los Clavel y los Moeller podrán en horabuena tener necesidad de presentar las cosas bajo el punto de vista que mas se adapte á sus pasiones; mas todo escritor que se respete á sí propio, nunca recurre á tan tristes y vergonzosos subterfugios.

Mucho cuesta á estos señores del *Correspondant* y de la *Revue de Louvain*, aceptar el testimonio del cardenal de Bernis. Bernis era muy popular entre ellos ántes del descubrimiento de sus papeles; hoy dia se le vitupera; y como ya no hay medio de defenderle, se ve condenado á llevar al desierto los crímenes del Israel antijesuitico. Con una edificante uniformidad de lenguaje, todos se preguntan ¿qué confianza puede darse á las palabras del cardenal de Bernis, y ámbos á dos se quieren hacer alusion de persuadirse á sí propios de que el cardenal pudo ver mal, oír mal ó al ménos referir peor. Por fortuna los hechos no tienen necesidad de comentarios. La correspondencia que los indica y desenvuelve, no puede ser desnaturalizada á placer, ni puesta en duda cuando convenga. El *Correspondant* y la *Revue de Louvain* se ven obligados á bajar la cabeza ante las imprudencias manuscritas del cardenal de Bernis, á ménos que no les dé la fantástica ocurrencia de ocuparse de Dufour. Este intrigante, con sus trazas de agente de policía diplomática y su cinismo de jansenista, á nadie perdona, y ataca á todos á su antojo. Cada una de sus cartas es una inyectiva ó una calumnia. Pero este Dufour se revela de una manera tan innoble, que los Lenormant y los Moeller me felicitan por haber sido lo bastante justo para no apoyarme en semejante testimonio. Ciertamente reputo como ellos, y ántes que ellos, á ese miserable como á una despreciable criatura sin pudor; pero cuando se estudian los anales de los Jesuitas, se encuentran en su camino tantos y tantos impostores, que no valen mas que ese Dufour, que se ve uno obligado á no asentir ni aun en eso con el parecer de MM. Lenormant y Moeller.

Lo que él urdió y lo que inventó para envilecer la corte de Roma, me direis, ¿no lo han inventado y urdido otros tambien?

Es muy posible; pero su proyecto formado en las cloacas de la heregia, jamas tuvo embajadores ni cardenales que le sirviesen con sus despachos ó que le entronizasen en medio de las celdas del Vaticano. Aquí, por el contrario, todo prueba que tuvo principio su ejecucion. Si la conspiracion abortó, fué porque se alzaron en su contra resistencias invencibles y prohibidades que retrocedieron ante el crimen que se les presentaba como la postrer áncora de salvacion que restaba á la Iglesia. Sea la que fuere la opinion que se forme de Bernis y de sus cooperadores de Francia, de España y de Italia, no debemos olvidar que todos, en mayor ó menor grado, se prestaron á este largo atentado, que le consumaron en la parte que les fué posible, y que su correspondencia misma es la que contiene la demostracion mas palpable del plan y de los medios que se pusieron en juego. Deshonrad en horabuena y desde ahora á Bernis, D' Aubeterre, Roda, Grimaldi, Floridablanca, Azara, Azpuru, Solis, Choiseul, Almada, Osma, Malvezzi, Dufour, Pagliarini y demas auxiliares en el Sacro Colegio y en los diversos ministerios, ¿qué importa ya á la historia esa tardía equidad? La historia no debe preocuparse con el juicio que hagan los críticos que han llegado á ser partes en el asunto; expone solamente los hechos; resucita las correspondencias, y deja á la razon pública el cuidado de pronunciar su fallo. Esta sentencia, preparada por el libro de Clemente XIV, es la que se cree oportuno invalidar, tratando de debilitar la fuerza de los documentos, y colocando á algunos acusados en el terreno que mas pueda favorecerlos.

A persona alguna puede ya engañar este paliativo inútil, ni aun á aquellos que á él recurren, desesperados de su causa. El complot de simonía está probado. Bernis y el cardenal Orsini le rechazan al principio; pero despues se adhieren á él; y si este inmenso proceso se sometiese á un jurado de obispos ó en su defecto á un tribunal de hombres íntegros; se podría creer que despues del exámen de los datos insertos en la obra, la eleccion y el reinado de Clemente XIV no serian considerados como una de las heridas que ha sufrido la Silla Apostólica? No existe en el mundo principio alguno religioso ó políticamente culpable que no haya tenido sobre la tierra abogado que le defienda. Estos escándalos de la palabra y de la prensa no nos asombra. Hay almas á quienes apasiona el sofisma, como hay otras á quienes el odio ciega. No es para estas naturalezas escepcionales para las que se escribe la historia; pero ellas son las que tratan de falsearla.

Para esto recurren á todos los subterfugios imaginables; acusan al cardenal de Bernis de intriga, de inconsecuencia y de avaricia. Nosotros juzgamos al hombre ántes que le condenasen los jueces. Si las cartas de Bernis estuviesen aisladas, sin mas garantía que se

palabra, creemos que seria permitida la duda, y nosotros hubiéramos dudado; pero no es él solo quien inventa, para distraer sus ratos de ocio, todos estos sucesos, todas estas novedades, todos estos proyectos simoniacos, de los que se hace el eco, el cómplice ó el censor. Fuera del cónclave, la intriga camina con la cabeza erguida; tiene por apoyo ministros y embajadores, cuya correspondencia coincide de una manera chocante con la farsa que se quiere imponer al cardenal. Pero estas correspondencias diplomáticas, en cuanto es posible, tienen un lazo, un centro comun, y van á parar á los gabinetes de Versalles, de Viena, de Madrid, de Nápoles y de Lisboa en otros despachos, que contienen los mismos planes y las mismas confesiones. Cuando Botta y el conde de Saint-Priest quien en su *Historia de la caída de los Jesuitas*, se ha guardado muy bien de decirlo todo, se apoyan en algunos trozos epistolares sacados de los archivos, esos mismos trozos son adoptados por el gabinete Gioberti y por la *Revue de Louvain* como la espresion de la verdad. ¿Por qué el conjunto ha de ser indigno de crédito, cuando esas cartas son aceptadas como verdaderas en sus mentidos detalles? Las invocais como testimonio, cuando no las conociais sino por fragmentos; se os presenta el reverso de la medalla, y este reverso os asusta, porque no creeis posible que la parcialidad llegue hasta el punto de negar la evidencia.

Esta evidencia que se manifiesta en cada página del libro, no es reparada por el *Correspondant*, por el *Contemporáneo* ni por la *Revue* llamada *catholique*. A fin de ser consecuentes en sus hostilidades, quieren que yo haya representado el cónclave como si todo él hubiese sucumbido á las intrigas de Paris, de Madrid, de Lisboa y de Nápoles. Esto no es lo cierto; pero para estos diarios lo es, y lo será, porque les importa atacar al *Clemente XIV* como se ha atacado á los Jesuitas, por la calumnia.

Si no puede fundarse la reconvencion que se hace de haber acriminado al Sacro Colegio, ¿no podré yo, al ménos con apariencias de justicia, defenderme de haber querido injuriar deliberadamente la memoria de un papa? ¿No soy yo *pontificida* en todos conceptos, segun la espresion de M. Madrolle, introducido en la querrela bajo el solideo, algo comprometido, del canónigo abate Clavel? ¿No he contristado el corazón de los católicos, refiriendo la eleccion de Ganganelli, y tratando de pintar su deplorable reinado?

Confesaré sin rebozo, que cuando mi pensamiento se detuvo sobre las negociaciones que precedieron y siguieron á la exaltacion de Clemente XIV, no traté de crearme un sistema de circunstancias. No quise ni condenar ni absolver al gefe de la Iglesia, sino simplemente aclarar un hecho desconocido y que se referia á la historia. La relacion de un analista puede provocar un debate contradictorio, en el que tomarán parte los teólogos y los polemistas;

el analista, á mi juicio, no tiene mision de mezclarse en eso, porque mientras el debate no gire sobre la autenticidad de los documentos, no debe tomar parte. Que se discuta sobre la mayor ó menor culpabilidad; que se busquen circunstancias agravantes ó atenuantes en la fuerza, en el carácter y en la debilidad del hombre sometido al escarpelo de la historia; que se trate de ser su abogado ó su fiscal; que se espliquen los hechos de una manera ó de otra; desde el instante en que el analista ha escrito fundado en documentos irrefragables, ya no hay mas medio que dejar su obra á las disputas y pareceres de los hombres.

Este papel pasivo es el que me estaba asignando en esta lucha, mas religiosa y politica que literaria. Nunca hubiera salido de ella si la crítica hubiera sido tan reservada que se hubiera mantenido en sus limites. Hoy dia, á pesar mio, tengo que dar algunas esplicaciones sobre este punto tan delicado. Lo hago como hijo respetuoso de la Iglesia, pero al mismo tiempo como escritor que conoce el valor de su independenciam.

A mis ojos, y segun los documentos que he publicado, el papa Clemente XIV jamas ha sido tachado del crimen de simonia propiamente dicho. Seria imposible encontrar en mi obra una acusacion directa que emanase del autor, y que hiciese constar ó al ménos insinuar este crimen. Ganganelli ha cometido grandes é irreparables faltas durante el cónclave y en todo su pontificado. Fué débil cuando se creia mas fuerte; fué el juguete de los príncipes, porque creyó que ayudado de su astucia italiana podria burlarse de ellos. La ambicion le cegó. Víctima de la posicion que él mismo se habia creado, fué elogiado por los enemigos de la Unidad; elogiado que, para un sacerdote, para un obispo y para un papa sobre todo, que obraba en la plenitud de su autoridad apostólica, es la mayor y la mas ignominiosa de todas las censuras. Este papa no llegó á hacerse popular sino en los momentos en que la Silla Romana era batida en brecha; á este Ganganelli, deificado por los revolucionarios, quienes cuando les conviene saben disfrazarse con cierto aire de falsa compuncion para llegar mas pronto á sus fines, le he representado luchando con las calamidades que él mismo acumulaba en derredor de la cátedra de San Pedro; y he tenido hácia él la compasion que debian inspirarme sus desgracias y virtudes privadas. De este sentimiento hasta la completa desercion de la justicia, hay mucho trecho. La memoria de Clemente XIV siempre ha sido atacada y siempre glorificada sin pruebas positivas. Hoy dia la opinion pública puede, con toda seguridad de conciencia, instruir este gran proceso. Cuando llegue su tiempo, diré lo restante.

Sea lo que quiera lo que suceda, es preciso que ya pertenezca definitivamente á la historia que el *Contemporáneo* ha mentido á sa-

biendas, cuando ha pretendido que, en mi obra, yo quise invalidar la eleccion de Clemente XIV; siendo así que este pensamiento jamas ocupó mi imaginacion. Si de los documentos que he puesto en circulacion hubiera nacido para mí la prueba de que Ganganelli fué simoniacó en un grado mas ó ménos culpable, hubiera contado los hechos como cargo suyo, así como he contado sus pequeños compots y mezquinas astucias. Me he detenido donde me faltaba terreno y donde los documentos cesaban; ¿por qué el *Contemporáneo* va mas adelante?

Hubo sin disputa tentativa de simonía de parte de los embajadores, de los ministros y de los cardenales españoles. El terror, la intriga y las seducciones de familia corrompieron á algunos cardenales del cónclave. Ganganelli fué arrastrado por su ambicion mas allá de sus deberes y de sus votos secretos; deseó el papado, creyendo quizá desear una buena obra á la cristiandad; y se comprometió de una manera ó de otra. Si esto no constituye la simonía (lo cual es nuestra opinion) añadiremos, sin embargo, que semejante manera de obrar en un príncipe de la Iglesia, se acerca mucho al escándalo y á la corrupcion. Añadiremos aún que las palabras del franciscano dirigidas al cardenal Castelli, palabras que le valieron la mayoría de los votos, serán siempre un testimonio de bajeza que todo el mundo reprobará. M. Lenormant puede, pues, sin temor, profesar la doctrina siguiente: "Cuando se estudia la doctrina de la Iglesia en sus auténticas fuentes, despues de haber descartado todas las calumnias que prodiga el interes, se encuentran señales de debilidad en los soberanos pontífices; lo cual no es de estrañar, pues el mismo San Pedro fué débil, y la historia de los papas es la reproduccion indefinida del carácter que el Evangelio atribuye al gefe de los apóstoles. Pero los crímenes, y entre éstos el que mancilla mas el carácter sacerdotal, que es la simonía, puede cuestionarse si la cátedra de San Pedro ha sido ó no inculpada de esa falta."

El profesor de Paris no decide la cuestion de simonía; su misma frase indica que jamas este crimen mancilló la cátedra de San Pedro. Pero desgraciadamente M. Moeller, como todo buen universitario, ha hecho su pequeño libro clásico, pan cotidiano dedicado á la juventud, y el crimen que M. Lenormant pone en duda á los ojos de toda persona reflexiva, M. Moeller lo enseñó á sus alumnos, pero con tal crudeza de estilo que solo pudiera excusarla un antiguo resto de protestantismo. Se lee en efecto, en la *Historia de la edad media*, por M. Moeller (1): "Los condes de Tusculum pensaron entonces vincular el pontificado en su familia, y cuando murió Juan XIX su hermano el conde Alberico logró que se eligiese á su hijo, quien tomó el nombre de *Benedicto IX*. Este papa se deshonoró por

(1) *Histoire du moyen age*, par J. Moeller, docteur, etc. (2.^o edic. de Louvain, p. 290, 291).

el desarreglo de su vida, hasta el punto de escitar la indignacion del pueblo. Muchas revueltas se sucedieron, y se alzó un antipapa en la persona de Silvestre III. Benedicto abdicó, por último, por consejo del Arcipreste Juan, hombre piadoso y de costumbres irreprehensibles. Para poner término á estos desórdenes, y á fin de impedir que el pontificado no siguiese en adelante á merced de los condes de Tusculum, Juan se determinó á hacerse elegir á sí mismo, distribuyendo dinero entre los electores. Aunque ascendió al trono pontifical por un medio tan poco legítimo, Gregorio VI trabajó con la mayor energía por el restablecimiento del orden en Roma y la abolicion de los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica. Sin embargo, como habia obtenido su dignidad por la simonía, no pudo desterrar una costumbre tan comun entonces como criminal."

Pero no es fácil poner de acuerdo á los dos graves aristarcos. El uno no cree en la simonía, mientras que el otro, profesor encargado de formar el corazon y el entendimiento de la juventud católica, dice y sostiene que la simonía fué "una costumbre tan comun entonces como criminal." No es ésta la sola enormidad que se permite el decidido abogado de Clemente XIV. Este es para M. Moeller un *pontífice venerable*; y Gregorio VI, que fué uno de los mas ilustres restauradores de la Roma cristiana, se verá siempre simoniacó sin pruebas. Pero Gregorio VI no suprimió á los Jesuitas; y por lo tanto no tiene derecho alguno á la veneracion de la *Revue Catholique de Louvain*.

Aquí debia concluir mi tarea; pero el *Contemporáneo*, la *Revue de Louvain* y el *Correspondant*, á los que se ha adherido despues para prestar su apoyo la *Démocratie pacifique*, no me lo han permitido. Con intenciones cuya malicia refinada no tengo ninguna necesidad de escudriñar, han querido sacar de algunas de las frases con que termina mi obra, todo un complot contra Pio IX. Al terminar el relato de la destruccion de los Jesuitas y de las vergonzosas debilidades que marcaron esta catástrofe religiosa, habia yo dicho "La Europa puede temer la ceguedad de algunos príncipes, la corrupcion de sus ministros y las pasiones de la multitud que se esfuerza por embriagarse con el vino de la cólera y del egoismo. Plegue al cielo que el mundo católico no tenga que llorar mas las funestas condescendencias de un papa! ¿Quiera tambien que jamas volvamos á ver sobre su trono apostólico pontífices de mayor corazon que cabeza, que se crean destinados á hacer triunfar la justicia y la paz, porque entonces los enemigos de la Silla Romana los llevarian de adulacion en adulacion hácia un insondable abismo cubierto de olorosas flores!"

El *Contemporáneo*, ántes que nadie, con una exuberancia que, á falta de razones, no hace mas que prodigar el ultraje ó la lisonja,

se apoderó de este voto. Este voto, salido de lo íntimo del corazón del que le hizo, nacido el contacto del lamentable reinado cuya historia se terminaba, ha sido explotado con objeto de distraer la atención pública. "En el Diario romano se leen, dice él mismo, estas insolentes palabras con sorpresa é indignación;" y esclama despues de haberlas reproducido: "Si una buena causa se convierte en mala por estar mal defendida, ¿qué dirémos de una causa mala sostenida á fuerza de blasfemias!"

Tres puntos de exclamación atestiguan al universo entero la virtuosa cólera del diarista ultramontano.

La *Revue de Louvain* y el *Correspondant* se asocian á esta indignación que el canónigo abate Clavel, flanqueado por M. Madrolle se ha olvidado de aceptar. Con repetidos golpes, y en tres centros del catolicismo, me veo condenado como blasfemo, cuando á lo mas me creia culpable de delito de alusión indirecta. Mr. Gazzola y su marqués de Potenciani han sido siempre tan reverentes en presencia de la Silla Apostólica, y la *Revue de Louvain* y sus profesores han mostrado siempre tanta piedad filial respecto á Gregorio XVI, que mis palabras les revelaron súbitamente un atentado. ¿Quién sabe si la perspicacia de M. Lenormant no ha encontrado en estas frases el germen "de las combinaciones políticas urdidas por mí para colocar definitivamente á los Jesuitas de parte de los gobiernos absolutos."

Todo se comprende en el todo, y así como el *Correspondant* y la *Revue de Louvain* tienden á ser una germinación de pequeños Torquemadas de pluma, que ponen la libertad al servicio de sus rencores devotos, podria yo, en cierto modo, demostrar sus doctrinas heréticas. Pero sin embargo ¿Dios mio! ¿qué puede sacarse del fondo de aquellas palabras tan sencillas? Me seria fácil, facilísimo, probar que jamas he pensado en descender hasta las tristes humillaciones de Ganganelli para remontarme luego con el pensamiento, hasta el soberano pontífice actual, y que jamas he concebido siquiera la horrible idea de oscurecer, valiéndome de culpables comparaciones, las dulces, las generosas cualidades con que Pio IX se hace amar de todos sobre su trono.

Semejante comparación no ha manchado ni mi corazón ni mi pluma; solo ha podido ocurrirse al espíritu de los revolucionarios, y con efecto se les ha ocurrido. En Roma, en ese *Caffe Nuovo*, donde se arregla, se afilia y se dirige el entusiasmo y el silencio del pueblo, allí es donde se ve el retrato de Pio IX, rodeado de los retratos de Clemente XIV y del abate Gioberti. El papa que tiene el valor correspondiente á todas sus virtudes, se halla colocado sobre ese singular calvario entre un pontífice que desoló la cristiandad con sus debilidades, y un sacerdote á quien sus ótilios romancescos han transformado en escritor hinchado de orgullo y de

injusticia. Pio IX escoltado por Ganganelli y por el abate Gioberti! y esto pasa en la ciudad eterna, á los ojos de los romanos, y á los de todos los extranjeros que no pueden ménos que indignarse al ver esta comparación sacrilega!

Aun hay mas; el mismo abate Gioberti, en su *Jesuita moderno*, fuerza á San Gregorio VII y á Pio IX á formar el cortejo de Clemente XIV, y la idea cuya sola concepción me hubiera avergonzado, esa idea que es una blasfemia, se ve adoptada por los revolucionarios. Gazzola usa de ella, y he aquí como el abate Gioberti, su modelo, se espresa (1), hablando de Gregorio VII, de Clemente XIV y de Pio IX: "Me es muy grato unir el nombre de Hildebrando al de Clemente, porque él primero dió principio á la sucesión de los papas civiles y reformadores, mientras que el segundo la cerró hasta que llegase el que se dispone á igualarle en sus virtudes y superarle en gloria."

Luego que hayais sido tan intrépido como Gregorio VII, y seáis despues reformador como Pio XI, os vereis en seguida y repentinamente bajo el peso de semejante paralelo.

Nada mas hubiera necesitado que esta declaración, suficiente por sí misma para satisfacer aun á los mas exigentes. El mismo papa, que ha tenido la bondad de recibirme con tan paternal cariño, no me la exigia jamas. Es justo, sabe apreciar á los hombres, y no se enlaza con las pasiones de algunos oscuros escritores que ansian adquirir, valiéndose de la vocinglera admiración que causa su persona, un título de progresista ideólogo ó un privilegio de iniquidad.

Pero estas reticencias que parecen prescribirme una profunda veneración, dejarían deslizar alguna incertidumbre en mi alma. En nada me estimaria si no me atreviese á espresar de lleno todo mi pensamiento, y si no tuviese para con el jefe de la Iglesia toda la confianza que un hijo sumiso y respetuoso debe tener con su padre.

Pues bien! Nada ocultaré. Cuando durante este invierno, que pasé en Roma, vi de cerca, demasiado cerca acaso, el movimiento que arrastraba á esas imaginaciones italianas tan mudables y tan impresionables; cuando oí á los promovedores de este mismo movimiento enganar al pueblo honrado, habituándole poco á poco á creer como realidades sueños imposibles, y quimeras de indefinido progreso que, en todas las naciones, engendran la ruina, la deshonra y la muerte; cuando la revolución, sistemáticamente organizada en el fondo del estado eclesiástico, alzaba su frente erguida y cubria al pontífice de aclamaciones y de flores como para

(1) *Jesuita moderno*, t. 3, p. 61.